

**El dinero asoma como fuego rojo de la cartera de ambas: goce y dinero en Potlatch
de Arturo Carrera.**

*¿Cómo subyugar el dinero combatiéndolo? ¿Cómo
hurtarme a su influencia y tiranía sin evitar su encuentro?*

(Pessoa, *El banquero anarquista*).

Este artículo toma como materialidad de análisis relatos, rumores y costumbres que componen una narrativa fragmentada y generalizada entorno al dinero, recogidos en el libro de poesía *Potlatch* de Arturo Carrera. En su poesía la infancia ocurre extrañando al dinero y al lenguaje; la misma trae una “palabra de la infancia (y no una palabra sobre la infancia)”, como propone el crítico Nicolás Rosa (2003, p. 158). Desde el “apagón de sentido” que atañe al dinero en la infancia, donde es sólo el “eco de un valor”, donde “todavía no sabíamos bien lo que era”, Carrera incursiona en las fantasías, las creencias y los goces que se amalgaman en el dinero (2004, p. 9). En otras palabras, la palabra de la infancia desnaturaliza los discursos entorno al dinero, e incursiona en lo irracional, lo violento y bizarro, de la “fantasía ideológica” que perpetúa al dinero como objeto sublime que rige el intercambio (Zizek 2003).¹

¹ El término “fantasía ideológica”, propuesto por Slavoj Zizek, prioriza la intersección de la teoría psicoanalítica lacaniana con la teoría marxista. La “fantasía ideológica” parte de reconocer con Marx la ilusión generalizada que rige el intercambio de mercancías, mediado por un forzamiento metafórico emblemático en el fetichismo del dinero: allí donde se oculta que el valor de cambio es efecto de la red de relaciones sociales en las que se inscribe. Asimismo, retoma el paso dado por varios autores de la Escuela de Frankfurt –Louis Althusser, Theodor Adorno– al considerar la ideología como parte esencial de

Carrera trabaja el concepto paradójico de ‘ingenuidad deliberada’ en sus libros *Arturo y yo* (1980) y *Children’s corner* (1989), proponiendo a la infancia como vía regia para establecer un distanciamiento con todo aquello que con pretenciosa certeza asegura el mundo de lo propio y conocido. Asimismo, Rosa apunta al referirse a una coautoría de Arturo Carrera y Osvaldo Lamborghini, *El palacio de los aplausos*: “[t]oda esta literatura añorada, no una literatura infantil, es una literatura perversa” donde se dice siempre algo más de lo que se dice y algo más de lo que queríamos escuchar (2003, p.158). La combinación del campo de lo infantil –torpe, inapropiado, inocentemente sospechoso, cómico– permite a Carrera subrayar hábitos de pensamiento, de percepción y de acción comúnmente pasados por alto, o desmentidos, entorno al dinero. Siguiendo los desarrollos de Sigmund Freud sostengo que este señalamiento introduce una “extrañeza inquietante” que resalta la presencia de algo no (re)conocido, percibido como ajeno y extraño, en el seno de lo íntimo y familiar de la relación que establecemos con el dinero (“Lo siniestro” 1917).² La “ingenuidad deliberada” que habilita lo infantil en relación al dinero trae consigo algo contingente e irreplicable, donde “lo siniestro” irrumpe amenazando la estabilidad de las “fantasías ideológicas” que rigen el intercambio.

Comienzo con los que denomino ‘ritos de iniciación a la lógica del dinero en la infancia’, recorriendo espacios de intimidad familiar en los que el dinero cobra particular importancia. Se trata de narrativas que introducen en la historia personal la dinámica del

la relación entre el signo y el referente: una convención o lenguaje común que la determina. Sin embargo, da un paso más allá al proponer que lo que reconocemos falsamente no es la realidad, sino la fantasía que estructura la realidad. La ilusión consiste en negar la fantasía (inconsciente) que estructura nuestra realidad social en relaciones de dominio y sometimiento: “esta ilusión inconsciente que se pasa por alto es lo que se podría denominar la *fantasía ideológica*” (Zizek, 2003, pp. 61, resaltado del autor).

² La palabra alemana *unheimlich* ha sido traducida al francés como “extrañeza inquietante” y al español como “lo siniestro” o “lo ominoso”.

intercambio social: costumbres, relatos y creencias que se transmiten de generación en generación, como el ratón de los dientes de leche, la llegada de los Reyes Magos, los regalos de cumpleaños, la carta a Papá Noel o el billete debajo del plato el día de ñoquis. Me detengo en las narrativas de ahorro, que circulaban en las escuelas públicas en los años cincuenta intentando capturar y domesticar el deseo del niño en la moneda; para culminar con un análisis del goce asociado a una violenta omisión del deseo y del vínculo con el otro, ya no las prácticas de ahorro, sino en las de gasto.

Cuando a mi hermanita Lara se le cayó... creo que era el primer diente que se le había caído o uno de los primeros, y entonces todos hablábamos de que iba a venir el ratón Pérez y que cómo hacía, y que el Ratón Pérez se iba a llevar el dientito que iba a poner debajo de la almohada y qué se yo, que le iba a dejar la monedita... Y entonces Lara estuvo un rato reflexionando y nos dice: ‘ay, yo no quiero que ese animal peludo se suba arriba de mi cama’. (Carrera, 2004, p. 69)

Carrera destaca la oscilación del niño que cercado por relatos y narraciones que lo introducen a reconocer el valor del dinero, aún no muestra un éxito rotundo en su iniciación; concentrados en el intercambio diente-moneda nadie reparaba en el animal que lo ejecuta hasta que Lara lo presentifica, y su aspecto peludo cobra valor en la escena. El comentario de Lara desnaturaliza la práctica del “ratón de los dientes de leche”, dejando en evidencia su carácter de rito. Las prácticas de intercambio se llevan adelante más allá de que se entiendan o no, de que se comprendan o no. “Te decían que iba a venir el ratoncito... era muy sencillo porque te dejaban algo de plata y vos te ibas a comprar algo” (Carrera, 2004, p 68).

Asimismo, este grupo de poemas señala que la dualidad entre la realidad fáctica de la práctica de intercambio, entendida como externa, y la experiencia subjetiva de la creencia, entendida como interna, se demuestra inútil para abordar estos ritos de iniciación. En ellos no podemos pensar la creencia como algo meramente subjetivo e interno, sino encarnada en prácticas sociales en las que se reproduce y perpetúa. A su vez, la práctica social no se presenta como algo meramente externo y objetivo, sino que se entrama en una narrativa junto con creencias y fantasías, como lo expone el siguiente fragmento:

[e]ntonces yo lo ponía en una servilleta de papel, bien envuelto, porque me habían dicho que el diente no podía ir a cualquier lugar, que iba a lugares mágicos y que después el ratón con todos los dientes que juntaba se iba a hacer un castillo de la puta madre” (Carrera, 2004, p. 69).

Al igual que el comentario de Lara sobre el animal peludo que le dejaría la moneda, en el fragmento anterior la “palabra que proviene de la infancia” sacude la lógica del relato que rige el intercambio (Rosas, 2003, p. 158). La misma desestabiliza la narrativa con una ocurrencia irrisoria, con un traspiés donde la lógica económica no cierra del todo: ¿para qué podría querer este Pérez tantos dientes?, ¿por qué un animal peludo ejecutaba la transacción? Como si se tratara de un resbalón en piso inadvertidamente mojado, la “palabra de la infancia” subraya un sin-sentido en el hábito y en la creencia que mueve a la risa.

Los ritos evocados en la poesía de *Potlatch* se componen de una combinación de elementos del mundo infantil con elementos de la economía del mundo adulto. En esta

combinación la poesía se toca con la oralidad para señalar un afuera de las fronteras de la racionalidad del lenguaje en la infancia, donde la misma ocurre extrañando a la lógica del intercambio; pero donde a su vez, la lógica del intercambio la asimila y la transforma, como lo muestra la siguiente conversación ente padre e hija esperando la llegada de los Reyes Magos:

‘¿Qué me van a traer -pá- los reyes?;/ ¿me van a traer esos **bsbss** que les pedí?’ –y/ me lo decía al oído, poniendo su manita en el contorno de mi oreja como para volver más audible el enigma./... cuando otra vez la vocecita nombra/ todo el supremo intercambio:/ ‘¿qué les daré yo, pá?’
¿Pasto?’ (Carrera, 2004, p. 117)³

La infancia es cercada por una narrativa multitudinaria y fragmentada donde todo se paga o simplemente se debe. La lógica del intercambio económico invade el mundo de los ratones, los castillos, los reyes y los álbumes de figuritas. Carrera destaca el apagón de sentido que atañe al dinero en la infancia justo en el punto en el que el niño es cercado por los relatos y las prácticas que lo introducen al intercambio económico. En este último rige la materialidad abstracta y sublime del dinero, determinando obligaciones y derechos en un orden social jerárquico que reproduce y perpetúa el cálculo, de la deuda o de la ganancia, a la hora de tomar y de dar. Esta posición del dinero como objeto sublime, más allá del intercambio con el otro, se enfatiza en ámbitos sociales de carácter institucional como la escuela. Por ejemplo, Carrera cita los programas de ahorro estatales para la niñez, de gran popularidad en la primer mitad del siglo veinte. El primer poema del libro culmina con el slogan de los programas de ahorro estatal de La Caja Nacional de Ahorro

³ Resaltado en el original, de aquí en adelante se especificará únicamente cuando no lo sea.

Postal (CNAP): “¡Ahorra!/ La Caja Nacional de Ahorro Postal espera tu depósito./ ¡Hazlo ahora que puedes! Te lo devolverá cuando más lo necesites” (Carrera, 2004, p. 13). La CNAP se crea el 29 de septiembre de 1914 mediante la ley 9.527, y su programa de ahorro alcanza alta aceptación y popularidad social en el año 1947 al adherir un seguro colectivo para el personal del Estado.⁴ El ahorro aparece asegurando un porvenir sin necesidad económica, el retorno sin riesgos del dinero en el momento necesitado.

Carrera evoca la práctica de ahorro instaurada a través de las escuelas mediante relatos que funcionan como trozos de memoria, donde se mezclan las anécdotas personales y los fragmentos de historia en una pluralidad de voces a medio camino entre la oralidad y la escritura.

Nosotros le comprábamos las estampitas a la maestra para ahorrar.
Teníamos un boletín de la Caja Nacional de Ahorro Postal. Entonces, ahí pegábamos todo como figuritas. Cuando teníamos el boletín lleno íbamos al Correo con la libreta de ahorro y el boletín de ahorro. Entonces, mostrábamos el boletín, nos sellaban la libreta de ahorro y allí ponían el importe y se quedaban con el boletín lleno de estampillas. (Carrera, 2004, p. 124)

A los ojos del niño, el boletín y las estampitas se asemejan a un álbum en el que se coleccionan figuritas. Sin embargo, la libreta de ahorro –donde el empelado del Correo escribe el importe, pone el sello y se queda a cambio con el boletín– no pertenece al ámbito del juego, es de un otro orden normativo, análoga a la libreta de

⁴ La CNAP sufre una serie de transformaciones a partir de los años 70. En el año 73 cambia su nombre a Caja Nacional de Ahorro y Seguro, y en el 91 se declara sujeta a privatización, la cual culmina en el año 93 al aprobarse las cuatro nuevas sociedades que la sustituyen: Caja de Ahorro y Seguro S.A., Banco Caja de Ahorro S.A., Caja de Seguros S.A. y Caja de Seguros de Vida S.A.

notas donde la maestra escribe su evaluación. Asimismo lo expresa el siguiente poema:

No son pocos los niños que diariamente gastan en golosinas o en juguetes veinte centavos . . . Si en lugar de habituarse a gastar inútilmente esa cantidad, tomasen la costumbre de depositarla religiosamente en la CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL, al mismo tiempo que se libaban de contraer hábitos de disipación y se acostumbraban a disciplinar su voluntad y a dominarse a si mismos - beneficios inapreciables- se encontrarían con que insensiblemente, al cabo de cierto número de años, eran poseedores de un capitalito (...).
REFLEXIONEN LOS NINOS Y SOBRE TODO REFLEXIONEN
SUS PADRES. (Carrera, 2004, p. 103)

El poema hace visible el carácter de mandato, el deber moral con el que se introduce al niño en la práctica del ahorro. Asimismo, ésta sienta las bases para que la finalidad que gobierne la acción sea la ganancia, el logro de una diferencia cuantitativa de dinero al final del camino: un capitalito que lo valide.

Slavoj Zizek propone que la gran paradoja “es que el deber de nuestros días no impone la obediencia y el sacrificio sino más bien el goce y la buena vida” (2004). El concepto de goce se vuelve fundamental al considerar la relación del dinero como objeto sublime que incesantemente intenta capturar el deseo y normar sobre los goces, no únicamente en prácticas y narrativas referentes al ahorro sino también al gasto, como lo expresa el poema “Casa Nervi”.

Frente a la vidriera de la Casa Nervi,/ con “Ropa de vestir” y “Calzado para niños”./ ¿De qué valía que enfrentara a mis abuelas/ materna y paterna, ambas juntas, ambas/ de mi mano, a mi deseo de tener una vaca/ de juguete, blanca y negra,/ que al girarle la cola daba leche o/ agua por la pequeña ubre despintada?// ...el billete asomaba, parecía fuego rojo,/ de las carteras de ambas// ¿A qué las imponía? ¿A qué las ignoraba?/ ¿A qué pérdida irrazonable mía las perdía?/ ¿De qué misterio razonado se embrujaban? (Carrera, 2004, p. 26)

El encabalgamiento de los versos distorsiona la construcción de sentido, contradiciendo la lógica de la puntuación avocada a lograr la estabilidad y univocidad del mismo. En el primer encabalgamiento, “ambas/ de mi mano, a mi deseo...”, el sentido común leería ambas de mi mano, pero el encabalgamiento agrupa las palabras en sentido contrario a la puntuación, por lo que podríamos leer: ambas (sujetan) a mi deseo de mi mano. Si seguimos la agrupación del encabalgamiento nos encontramos con la sustitución del verbo por su complemento, y así también con el niño agarrado por las abuelas a la vidriera de ropa, deseando una “vaca/ de juguete, blanca y negra”. La alteración de la gramática redundante en una alteración de la semántica que impide la sutura de sentido en un significado único; el sentido discurre tropezando verso a verso, aceleradamente, hasta desembocar con cierta urgencia en las preguntas finales. Las mismas guardan una “extrañeza inquietante” impulsada por una ‘ingenuidad deliberada’ que pone en cuestión hábitos de pensamiento y de acción de uno de los aspectos más naturalizados de nuestra sociedad: el uso del dinero.

La pregunta “¿A qué las ignoraba?” condensa varias posibilidades: ¿qué las

ignoraba (a ellas)?, ¿qué ignoraban (ellas)? y ¿qué las hacía ignorar eso que ignoraban?

El deseo del yo poético, se encuentra acorralado ante la vidriera de una renombrada y exitosa casa de venta de ropa y calzado para niños; acorralado a cifrarse en los conjuntitos de última moda y en los diseños exclusivos de Casa Nervi. El deseo del niño, singular y simple, es ininteligible para las abuelas, que ocupadas en cifrar el deseo de su nieto en las mercancías de la vidriera no admiten el enigma que éste encierra más allá del dinero, e indisoluble en su capacidad de compra. La causa del deseo se inscribe en la distancia irreducible entre el objeto idealizado y el que se encuentra para la satisfacción. El deseo es por definición de algo que no se tiene, por lo que nunca encuentra completa satisfacción en un objeto; todo aquello que ilusoriamente podría parecer su causa – pantalón, buzo, zapato– no es más que un objeto al que éste se adhiere momentáneamente. Esta distancia irreducible mantiene el psiquismo en funcionamiento, subrayando algo que excede al objeto, un ‘plus de goce’ (*petit a*), que se articula con “esta función todavía virtual llamada deseo” (Lacan, 1969, p. 18). La causa del deseo es anterior a cualquier objeto. Es la marca de lo real en el la estructura subjetiva, o sea, de una dimensión heterogénea radical: “la experiencia irreducible al pensamiento, lo previo, lo inevitable y a la vez lo inalcanzable” (Aira, 1995, p.28). Las preguntas del niño bordean la marca de lo real en la estructura subjetiva e intersubjetiva, mientras que las abuelas ignoran su ignorancia: no quieren saber nada sobre el enigma que encierra el deseo de su nieto. La escena se presenta como emblema de un accionar a ciegas donde violentamente se pasa por alto el deseo del otro, dinero mediante.

El deseo mantiene con el dinero una relación de ambivalente complejidad. Por su potencialidad de transformarse en casi cualquier cosa, el dinero se nutre del

carácter escurridizo del deseo. Sin embargo, si aceptamos que el dinero es el objeto de deseo, aquello que puede colmar el deseo, entonces, es también aquello que puede aniquilarlo.⁵ Como lo muestra la pregunta del niño “¿de qué valía que enfrentara a mis abuelas/ materna y paterna, ambas juntas, ambas/ de mi mano, a mi deseo. . . . el billete asomaba, parecía fuego rojo,/ de las carteras de ambas./” (Carrera, 2004, p. 26). El dinero se impone como fuego rojo, envolviendo todo a su paso, suturando la grieta abierta por el enigma del deseo en las relaciones intersubjetivas, y obturando el deseo del niño: negándolo como sujeto deseante en tanto puede oponerse al goce propio. En otras palabras, el billete asoma como fuego rojo que obtura el deseo con un imperativo de goce sumergiendo al vínculo en un sórdido silencio.

El concepto de goce surge para Lacan a partir de la compulsión a la repetición, en consideración a lo que Freud articula en su *Más allá del principio de placer* (1920). Se trata de una compulsión común en la sicopatología de la vida cotidiana;

[s]e conocen individuos en quienes toda relación humana lleva a idéntico desenlace: benefactores cuyos protegidos (por disímiles que

⁵ El dinero cobra su efecto de valor al momento que puede ser intercambiado por todo aquello que se considere una mercancía. Las mercancías –pantallas planas, autos último modelo, ipods, iphones, paquetes de vacaciones– se promocionan como objetos totales, como si fueran el boleto de vuelta al paraíso perdido, la llave a un goce total y una satisfacción sin límites. Lo que omiten los discursos propagandísticos es que esta idealización de los objetos conduce a una parálisis deseante, que conlleva un anhelo de destrucción y de muerte. El goce asociado a la pulsión de destrucción que se impone como mandato de consumo, gasto y derroche no encuentra límite en el otro. El otro es negado como sujeto deseante que puede oponerse al goce propio, y reconocido únicamente como objeto a ser gozado, depositario de una tendencia mortífera y destructiva que se articula en un imperativo de ley que distribuye bienes sagrados para unos y carencias absolutas para otros.

sean en lo demás) se muestran ingratos pasado cierto tiempo, y entonces parecen destinados a apurar entera la amargura de la ingratitud; hombres en quienes toda amistad termina con la traición del amigo . . . amantes cuya relación tierna con la mujer recorre siempre las mismas fases y desemboca en idéntico final, etc. (p. 21)

Esta compulsión a repetir situaciones no placenteras destaca que ciertos decursos, que se repiten en la vida anímica, no están a favor del principio de placer sino de su falla. El principio de placer, teorizado por Freud en el *Proyecto de psicología para neurólogos* (1886), consiste en una tendencia anímica al servicio de mantener el mínimo nivel posible de excitación en el aparato psíquico. La tensión provocada por la insatisfacción causa el aumento de la energía psíquica hasta que se logra la descarga en la satisfacción. Sin embargo, Freud propone que el funcionamiento del psiquismo es mucho más complejo que esto. Los textos *Más allá del principio de placer* (1920), *Lo siniestro* (1917) y *Pegan a un niño* (1917) marcan una ruptura en las concepciones freudianas, las cuales encuentran en la práctica psicoanalítica la obligación de enfrentar aquello que lleva al sujeto a repetir una y otra vez situaciones que le son displacenteras: ¿por qué reincide en fantasías que lo muestran acosado, sin salida, condenado a estructuras de dominación y a amplias crueldades?

Se trata, desde luego, de la acción de pulsiones que estaban destinadas a conducir a la satisfacción; pero ya en aquel momento no la produjeron, sino que conllevaron displacer. Esa experiencia se hizo en vano. Se la repite a pesar de todo; una compulsión fuerza a ello. (Freud, 1920, p. 21).

Según Freud esta compulsión responde a una pulsión de agresión y destrucción que se vuelca contra el propio Yo, con una severidad, una tiranía y un sadismo que nos remite a la instancia psíquica del Superyó. En la primera infancia se internalizan límites al goce bajo la forma de códigos culturales, costumbres y normas que componen la vida en sociedad. Estos límites se erigen dentro del propio Yo en la instancia que Freud denominó Superyó o Ideal del Yo. Mediante el Superyó se erige la ley paterna en el interior del Yo, a la cual se adherirán las demás normas y códigos sociales. Dado que se engendra en una identificación a la ley paterna de la que se sirve para lidiar con el Complejo de Edipo, el Superyó es el heredero de este Complejo, “hereda todo el sesgo duro y cruel del imperioso deber-ser” (Freud, 1923, p. 55). Sin embargo, esto no significa que sea heredero de la clausura del complejo sino de su problemática. Interioriza las prohibiciones, los mandatos y los ideales de la cultura que imponen un límite al goce, pero también hereda una insistente tendencia a la recuperación de pequeños *plus de goce*.

La interpretación predominante de la teoría freudiana fue que el Superyó era exclusivamente, en tanto heredero del complejo de Edipo, lo que ponía un límite al goce. Sin embargo, basta con detenerse en los términos utilizados por Freud para avizorar algo más. Al referirse al mismo habla de su “furia cruel e inmisericorde”, destaca su “severidad extraordinaria”, su “sadismo ilimitado y su automartirio interminable”, que lo convierten en un “tirano”; y agrega para despejar toda duda: “lo que gobierna en el Superyó es un cultivo puro de la pulsión de muerte” (Freud, 1923, pp. 51-54). El Superyó no fue conceptualizado por Freud, únicamente, como la instancia que prohíbe el goce sino como aquella que, paradójicamente, se sirve para

lograrlo de una severidad extraordinaria que trae consigo un goce ubicado más allá del principio de placer. El Superyó no sólo limita el goce sino que lo habilita a través de un imperativo despiadado y absoluto.

Lacan no teoriza particularmente el Superyó en ninguno de sus Seminarios, ni en los Escritos, pero en la sección VI del *Seminario de La ética* (1959) problematiza el Superyó a través de un contrapunto entre *La crítica a la razón práctica* de Kant y *La filosofía en el tocador* de Sade, destacando la presencia de un goce en el imperativo y de un imperativo en el goce. En este texto Lacan pone de relevancia la esencia del Superyó como imperativo, pero atado a un más allá del principio de placer que trae consigo un goce mortificante. Comienza con una elocuente cita de Kant al respecto:

la ley moral como principio de la determinación de la voluntad, perjudica por ello mismo todas nuestras inclinaciones, y debe producir un sentimiento que puede ser llamado dolor. Y es éste el primero, y quizás el único caso, en que nos esté permitido determinar, por conceptos, a priori, la relación de un conocimiento, que surge así de la razón pura práctica, con el sentimiento del placer o de la pena. (Lacan, 1959, p. 99)

La cita muestra cómo el imperativo moral de Kant es, paradójicamente, un imperativo de goce: de dolor o placer exacerbados. Por otro lado, en el mismo desarrollo Lacan señala el carácter de mandamiento del goce sin límites proclamado por Sade. Refiriéndose a la teoría sadeana dice: “ella propone para justificar lo que puede llamarse una suerte de antimoral, exactamente los criterios Kantianos” (Lacan, 1959, p. 97) *La filosofía en el tocador* comienza por un elogio a la calumnia, cuando la *Crítica a la razón práctica* parte

de una exigencia de verdad. Sade “Continúa así, justificando punto por punto la inversión de los imperativos fundamentales de la ley moral” (Lacan, 1959, p. 98). Según Lacan, *La filosofía en el tocador* no es el único caso, los ecos kantianos de las máximas universales que hacen a la moral, “se encuentran en una vasta literatura que podemos llamar libertina, la del hombre del placer” (Lacan, 1959, p. 99). Lacan revela la presencia de Kant en Sade y viceversa, proponiendo que el con el imperativo kantiano se encuentra en íntima relación con la regulación y el saber sobre el goce propuesto por Sade.

En el poema “Casa Nervi”, Carrera destaca que allí donde se esperaba encontrar placer en el acto de gastar dinero, nos encontramos con un imperativo: “¿A que las imponía?” (Carrera, 2004, p. 26). Al igual que en las anteriores preguntas hay una ruptura de las reglas gramaticales que, en este caso, afecta el uso del verbo imponer, por lo cual la pregunta puede leerse: ¿qué imponían (ellas)? o ¿qué se les imponía (a ellas)?, metaforizando el movimiento de boomerang característico de la pulsión. El poema destaca que el reverso del ahorro, el gasto, puede estar asimismo regido por un imperativo que determina una forma de gozar, como ocurre en las prácticas de ahorro. “Allí donde pensábamos encontrar un derecho al goce encontramos una imposición: ¡goza!” (Zizek, 2004).

En los poemas que trabajamos al comienzo del artículo sobre el ahorro se destacaba la finalidad de disciplinar la voluntad creando el hábito de depositar religiosamente en La Caja de Ahorro Postal. Las prácticas de gasto, al igual que las de ahorro, pueden articularse en un imperativo que obtura el deseo en prácticas sociales homogeneizantes que regulan los goces. En ambos casos, el goce se amalgama en el dinero como objeto sublime de hábitos que se reproducen doblegando al sujeto en su

costumbre. En este uso del dinero, la letra muerta e insensible que se inscribe en el inconsciente dirige al sujeto como un autómatas hacia la repetición de escenas donde el dinero “como fuego rojo” avasalla el vínculo con el otro en un imperativo de goce. De esta forma, se perpetúan prácticas de ahorro o de gasto que perjudican y dañan pero producen un goce que el sujeto no está dispuesto a reconocer como tal, pero a su vez, tampoco está dispuesto a abandonar fácilmente.

REFERENCIAS

Aira, C. (1995). “La innovación”, Boletín/4 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria. 28-34.

Carrera, A. (1980) *Arturo y yo*. Buenos Aires: Losada.

_____. (1989) *Children's Corner*. Buenos Aires: Ultimo Reino,

———. (2004) *Potlatch*. Buenos Aires: Interzona editora S.A.

Carrera A. y Lamborghini O. (2002) *El palacio de los aplausos*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.

Freud, S. (1886-1899) “Proyecto de psicología para neurólogos”. *Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud. Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.

———. (1917-1919) “Lo siniestro”. *De la historia de una neurosis infantil. Obras completas XVII*. Buenos Aires: Amorrortu.

———. (1917-1919) “Pegan a un niño”. *De la historia de una neurosis infantil. Obras completas XVII*. Buenos Aires: Amorrortu.

———. (1920-1922) *Más allá del principio del placer, Psicología de la masas y análisis del yo, y otras obras. Obras Completas XVIII*. 1era edición. Buenos Aires:

Amorrortu,.

———. (1923-1925) *El yo y el ello y otras obras. Obras completas XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.

Lacan, J. (1959-1960) *La ética del Psicoanálisis. Libro 7*. Buenos Aires: Paidós.

———. (1964) *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Libro 11*. Buenos Aires: Paidós.

———. (1969-1970) *El Reverso del Psicoanálisis. Libro 17*. Buenos Aires: Paidós.

Pessoa F. (1986) *El banquero anarquista y otros cuentos de raciocinio*. Trad. Miguel Angel Viqueira. Madrid : Alianza Editorial.

Rosas, N. (2003) *La letra argentina crítica 1970-2002*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor.

Zizek, S. (2003) *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

_____. (2004) “Contra el goce”. *Clarín.com Revista Ñ*. Web. 29/06/2010.
<<http://www.lacan.com/zizekba2.htm>>